

Los Contem pora neos

"A la huelga la llamaremos huelga". Te mo que en otra civilización, un ministro que hubiese pronunciado esta frase fuera considerado con bastante inquietud por sus administrados. La dice en España el de Relaciones Sindicales, señor Fernández Sordo y los periódicos producen grandes caracteres para recalcarla.

EL REGRESO DE LAS PALABRAS

Y uno siente un extraño calorillo de satisfacción. He aquí una palabra que vuelve del exilio. Esperemos las demás. Aves migratorias que pueden hacer verano. Fernández Sordo, decidiendo llamar huelga a lo que sea sencillamente una huelga, pretende devolvernos la evidencia perdida. Sea un suave y moderado espinolismo. Como Shelley, Fernández Sordo no quiere profanar la palabra. (¿O sería Byron? "A word is too often profaned/for me to profane it".)

Las palabras, aquí, han sido profanadas, raptadas, violadas. Y de esa atroz coyunda no han salido más que hijos tontos. Pensamientos mongoloides que aún se aferran a la vigencia que no tuvieron nunca. Sucedió un día que determinados hechos, acontecimientos y corporaciones dejaron de existir en el país imaginario; pero continuaron existiendo en el país real. Entonces se decidió hacer que hechos, personas o ideas devían volverse invisibles. Y se pensó que la invisibilidad se conseguiría quitándoles el nombre. Pero con gran sorpresa para los inventores de ese sistema, aquellas malditas cosas segulan siendo visibles. Alguien debió pensar entonces que convendría inventar nombres nuevos para las cosas a las que se había privado de nombre; así, cuando se nombraran se vería otra cosa distinta de la cosa que, siendo la misma cosa, no se debía ver. Comenzaron a hacerse hallazgos. Una subida de precio no se llamaría subida, ni alza, ni elevación, sino reajuste. Y así el que hubiese de pagar tal precio sería incapaz de notar el descenso en el peso específico de su bolsillo.

Y así, un a-normal sería un subnormal; la sustitución de una partícula griega por otra latina no variaría el cociente de inteligencia del desdichado, pero haría parecer que se trataba de algo

distinto a lo que ocurría en los nuevos tiempos. Y si los criados se quejaban de la escasa distinción social de sus funciones, se les llamaría empleados del hogar. Una inteligente y perspicaz reordenación del mundo en torno.

Habría que decir que no se trata de un mecanismo español, sino bastante más universa-

lizado. Un negro no es un negro en América más que cuando se le quiere insultar: si no, es "un hombre de color". Y un famoso parte de guerra alemán llamaba a una retirada "avance elástico sobre la retaguardia". Pero sin duda nuestro país imaginario batió todos los records (esto es, superó todas las marcas) sin duda porque había más personas, hechos o cosas a los que poner esta túnica del idioma. Ningún país ha llegado a inventar una palabra como "jeriñac", terrible químera idiomática, para sustituir al insustituible coñac (que antes fue cognac, y lo es en otras civilizaciones). Ningún país se dio más prisa en construir un idioma de mandarines, en el que no hablaban los mandarines (estaban en el secreto) y que no entendían los demás. En cuanto a la razón por la cual las nuevas palabras, los nuevos circunloquios, los nuevos discursos, estuviesen tan decididamente inmersos en el lago con cisnes de la cursilería, es por el mismo mecanismo.

Me sorprende de pronto escribiendo en pasado. No hay todavía muchas razones. En nuestros tiempos de asociacionismo y apertura, la palabra sigue siendo un objeto frágil. Quizá no se trate ahora de no violarla ni forzarla, sino de manejarla con suavidad. Cada situación (coyuntura) parece querer buscar su vocabulario: para que lo nuevo no sea tan nuevo a ojos viejos, para que lo viejo parezca nuevo a ojos nuevos. Si escribo en pasado es porque la frase del señor Fernández Sordo, que en su larga relación con la prensa escrita tuvo que fijarse mucho en los matices de las palabras y en sus vestiduras, hablando ante los productores (obreros) de los sindicatos (verticales) parece indicar que las verdaderas palabras van a comenzar a volver de su exilio (o residencia en el extranjero desde 1939). ■

POZUELO

EL REFERENDUM DEL DIVORCIO EN ITALIA

Un desastre para todos

Cuando se cierran estas páginas, los resultados definitivos del referéndum sobre la abrogación del divorcio (o «de los casos de disolución del matrimonio», según el texto oficial) no nos son conocidos. La votación, que comenzó el domingo, prosiguió el lunes; el escrutinio de las papeletas es lento y difícil. Pero ya se sabe un resultado, independiente del sí o el no que resulte finalmente: el referéndum es un desastre para todos, para la estructura política de Italia, para la imagen de su sociedad.

La Democracia Cristiana, tenaz defensora del referéndum, busca en él un apoyo político para su desfalleciente situación política: se ha encontrado aislada en la campaña con un solo aliado, junto al partido cuyo contacto más debía temer porque la arroja a la derecha: el MSI, el neofascismo. Fanfani, tozudo del referéndum, ha conseguido así, sin pretenderlo, una federación de la extrema derecha, mientras perdía la única imagen que mantenía en el poder a su partido, la de centro izquierda. Porque sus aliados socialistas han tenido que recabar

el «No» a sus afiliados (un «No» que significa sí al divorcio, porque la pregunta del referéndum es deliberadamente equívoca), en aras de su tradición láica; con lo cual se sitúan en la misma línea política, y una campaña conjunta con el partido comunista y las otras izquierdas; es decir, que se ha realizado la federación contraria, la de la izquierda: la que más podía temer la DC. Puede decirse que ninguno de estos dos grandes partidos ha ido a gusto al referéndum. El comunista, por ejemplo, había pensado en un principio no mezclarse en la campaña, sobre la base de que es un problema «que no afecta al proletariado», decía, porque los obreros se encuentran con problemas más graves: pero el torbellino político le ha arrastrado, y porque ha visto la oportunidad de situarse dentro de este insospechado «frente popular» que le ofrecían sus enemigos; pero sabe que muchos de sus militantes (sobre todo, en las grandes zonas rurales y entre las mujeres) han tenido que violar esta vez la disciplina de voto y se han declarado contrarios a la doctrina oficial.



Toda una campaña en torno a la abrogación de una ley —la llamada Ley Fortuna-Baslini— que, a juzgar por los resultados de sus tres primeros años de aplicación, no afecta más que al 0,20 por 100 de la población.